

Ramiro de León

Claudio de Alas y Martín Escobar ⁽¹⁾



ACE algunos años, tantos que tal vez haya gente que no desea recordarlos, se deslizaba por las calles de Santiago, cierto personaje, de continente pintoresco y romántico, enfundado en una levita, que en su primera época debió ser negra al igual que el colero, que también debió lucir sus siete reflejos. En los días ya lejanos que le conocí, aquella levita era de color indefinible y al colero no le quedaba ningún reflejo.

Había quien aseguraba que aquella vestimenta, poseía las mismas virtudes que la milagrosa túnica del joven taumaturgo de Galilea, tejida por las místicas y santas manos de su madre, cuando él era aún un niño: la que no se cambió durante

(1) En esta crónica viva y salpimentada por un espíritu travieso, surge fresca y llena de colorido la época de que se habla. Es el ambiente de la bohemia literaria, fin de siglo, que aun persistía con su alegría desbordante, con su dolor gallardamente disimulado, y su desdén y arrogancia para enfrentarse con la vida. Ramiro de León, en estos apuntes, que a ratos son esbozos felices de siluetas, con acentuado perfil humano, vivió y sintió la inquietud de esos artistas que eran más que nada soñadores, que cifraban todo su destino, en reflejar un poco de belleza, que con relampagueante insistencia, alumbrabasus espíritus.—N. de la R.

los treinta y tres años, que peregrinó por esta tierra de incomprensión e injusticia.

La leyenda bíblica sostiene que la túnica fué creciendo paralelamente al desarrollo físico del divino maestro y que siempre conservó su limpieza sin que nunca fuera lavada, salvo en aquel caso en que Jesucristo penetró en las aguas del Jordán para ser bautizado por el Bautista, pero la historia no hace ninguna referencia a que el Apóstol hubiera aprovechado esa oportunidad para darle un baño de limpieza.

Suponiendo que la leyenda de este personaje, tuviera visos de verdad, su levita carecía de las virtudes atribuídas a la túnica bíblica en lo que se refiere a limpieza.

Los santiaguinos de más de cuarenta años, si es que no sufren de amnesia, deben recordarlo perfectamente.

Santiago lo conoció como «El Incandescente» y en aquel entonces era muy difícil descifrar su edad. Tal vez pertenecía a uno de los sobrevivientes que habitaron «El Huelén» más tarde modernizado y llamado «Santa Lucía».

«El Incandescente» fué un ser inocuo e intrascendente, sin otra particularidad que la de servir para que las niñeras asustaran a los chicos mal criados.

Sin embargo, había malas lenguas que aseguraban, que «El Incandescente» era el primer representante de la santa tierra de Israel, y que se dedicaba al préstamo privado cobrando intereses que no debieron ser muy cristianos, porque al morir dejó una considerable fortuna.

Cuando aun no había desaparecido la terrosa y desgarrada silueta de «El Incandescente», apareció otro personaje de estampa tan pintoresca y extravagante como la del prestamista, pero éste era de actitud dinámica y esbelta y el éxito que esperaba obtener dicho personaje en el mundo elegante fué pleno, pero en un plano de excentricidad.

Este estrambótico joven era poeta y venía desde las cálidas llanuras de Colombia en actitud de conquistar la metrópoli

chilena, la Atenas de la América del Sur, al decir de gentes de la época.

El caballero don Claudio de Alas, joven tropical de elevada estatura y que alzaba más con un tongo que en su origen tuvo la pretensión de ser colero. Armonizaba el resto de su vestimenta un largo abrigo mitad levita y mitad sotana. Su cara de mulato auténtico coincidía en forma convincente con las teorías de Darwin.

Santiago, a pesar de su prestigio intelectual, no ha sido sino una gran aldea muy propicia a los personajes raros o con afán de exhibicionismo, razón por la que en tiempo muy breve el poeta colombiano disfrutó de un prestigio que si no correspondía a su obra literaria, bien lo merecía su personalidad exterior y anecdótica.

Lo conocí en la redacción de «Zig-Zag» en donde ambos éramos colaboradores, teniendo después muchas oportunidades de convivir momentos de la vida bohemia de esos días. La presencia de Claudio de Alas creaba clima y sensación de trópico. Discurría con voz engolada y ampulosa, como si estuviera recitando, en calidad de actor, el pasaje más espeluznante de un drama de Echegaray.

Quién lo escuchaba, permanecía atento al momento en que por arte de magia surgirían de sus palabras, esbeltas y ondulantes palmeras, por donde él treparía con agilidad de simio, para luego dispararnos desde lo alto sus frases candentes o el corpulento fruto de aquellos cocoteros.

El ingenio florecía en él, rápido y cortante, y lo derrochaba en arrogantes actitudes de gran señor.

Mundano y aventurero, rico en recursos de ingenio, capital adquirido a través de muchos países, y de una existencia accidentada e intensamente vivida, puesta a prueba en mil ocasiones difíciles, de las cuales no siempre salió bien parado.

Según su decir, nadie era más valiente ni gallardo que él.

Sus hazañas y aventuras caballerescas podían llenar muchas páginas.

Pero no siempre un hombre tan temerario como él podía salvar ileso de aventuras de tanto arrojo, y a veces le ocurrían percances que desbarataban todo el prestigio acumulado por su caudalosa fantasía.

Recuerdo una noche que además de estropearle el físico, lo hicieron pasar un susto épico. Claudio había escrito un artículo de esos que encargan ciertos directores de diarios o revistas, que mantienen la circulación a costa del escándalo. Al poeta no le quedaba más remedio que escribir todo lo que le pagaban. En aquel artículo había aludido desfavorablemente a un personaje muy vinculado al gran mundo santiaguino.

La noche de mi referencia, a eso de las once y media caminaba con su aire dominador y altivo, hacia el centro en busca de sus amigos. Al torcer una esquina tropieza con dos de esos «jovencitos-bien» que lo identifican como al autor del artículo.

—¿No es éste el tal Claudio de Alas?

—¡El mismo!—le confirma su acompañante.

—¡Oye, indio miserable, cara de mono! Te vamos a sacar la gualputra.

Y en realidad le propinaron tal tunda de puñetes, que el pobre Claudio, olvidado de todas sus jactancias, sólo atinó a escapar con mayor rapidez que la de un lebel.

En ese tiempo existía en la calle Estado la gran pastelería Palet, sitio donde se reunía la juventud galante y nocharniega santiaguina.

Hasta allí llegó Claudio con el tongo abollado, un ojo en tinta y las narices aun sangrantes. En la puerta, en actitud donjuanesca, se encontraba el joven y elegante Fray Apenta, escritor muy leído entre gente joven, según él aseguraba.

Antes que Apenta le lanzara su característico «te diré», Claudio con voz cavernosa le pregunta:

—Oye Fray Apenta ¿qué es lo que aquí en Chile llaman la gualputra, que a mí me han sacado hace poco rato?

Apenta, que cree que él sólo ha venido al mundo con la misión de reírse de los demás, lanzó una estruendosa carcajada.

—Oye, «te diré» que por las demostraciones que traes, te la sacaron completita.

Claudio aprendió en aquella funesta noche, en forma bien penosa, el significado de una nueva palabra de la academia chilena, la que en adelante tendría muy en cuenta antes de pergeñar un nuevo artículo.

Pero, en realidad, ésta sólo es una de las mil aventuras que pueden recordarse sobre este hombre singular, cuya vida breve y azarosa, tan rica en incidencias, resulta más interesante que su obra literaria, y es precisamente este concepto el que me induce a recordarlo a través de una de sus aventuras, para mí la más pintoresca.

En aquella época de efectiva y romántica bohemia, los compañeros recurrían con demasiada frecuencia a los amigos que gozaban de alguna situación para satisfacer la impostergable y grata costumbre de comer. Pero a veces ocurría que el requerido se encontraba en iguales condiciones, y en tales circunstancias no quedaba otro camino que recurrir al ingenio, que no siempre producía los frutos a que da derecho el talento.

Claudio de Alas y Martín Escobar eran los amigos más fraternales. Afinidades filosóficas los unían en idéntica comprensión. El trabajo era para ellos, la mayor tontería inventada por el capitalismo burgués, que además había logrado mistificar a cierta ralea de estóolidos, para que después de trabajar como negros declarasen que el trabajo era una virtud.

—¡Qué idiota es el hombre, Martín!

—Claro que es idiota, aseveraba Martín. Imagínate que yo conozco tipos ya viejos que se alimentan de leche.

—¡Esa no es idiotez Martín! Esa es degeneración. Mira

que quitarles el alimento a unos débiles e indefensos ternerillos, que bien alimentados, más tarde serían convertidos en succulentos bifés. Porque entiendo que en algunos restaurantes los bisteques serán de vacuno.

—Claro que en algunos deben ser de vacuno, de lo contrario ¿qué harían con los animales viejos?

—¿Qué inmoralidad, Martín! que lo obliguen a uno a comer tales carnes, y con los precios que cobran estos bandidos.

—Razón por la que a veces se justifica el que no los paguemos pues Claudio.

—¿Crees ahora que tengo razón cuando te digo que las gentes son inmorales y degeneradas?

—¿Qué me cuentas a mí!, si yo conozco mejor que tú este problema. Imagínate que hay gente que cree que las uvas son alimento y se las comen. De ahí el problema de que el vino cada día se ponga más caro.

—¡Vivimos en una época irremediable y absurda. Martín!

—Yo creo que el hambre y la sed obliga a estos excesos, Claudio. Imagínate que yo en algunas oportunidades me he visto obligado a trabajar para comer.

—¡Pobre Martín! Estás soñador esta noche. Nunca te había oído mentir así tan descaradamente. Pero la verdad es que tú ahora sientes hambre y sed y vas delirando, cosa que no me extraña, porque yo también asaltaría una buena merienda. Pero como carecemos del vil dinero, tendremos que llegar hasta casa de Vicente. ¿Qué te parece?

—Te diré con franqueza que la casa de Vicho no me agrada mucho. ¿Te has fijado que siempre sirven ese vino tan estupendo, pero tan medido, que es como el suplicio de Tántalo?

—En realidad, es gente avara, Martín. Son los mayores cosecheros del país, y hacen el vino para venderlo. Y después hay que tolerarlos como artistas.

—¡Qué desgracia la de Vicho, tener tanto dinero! ¡Se ha convertido en burgués!

—Mira, Martín, te agradecería comer aquí en la Trinchera? Dicen que no se come mal.

—¿Tú conoces a alguien aquí?

—Ceeo no conocer a nadie, razón por la que te convidó. Lucidos estaríamos si nos conocieran.

—Pues a la Trinchera. Después de una buena merienda, bien o mal todo se arregla, Martín.

—Claro. ¡Lo esencial es comer!

Y Claudio, en pose de rumboso anfitrión, penetra al restaurante llevando a su invitado del brazo. Naturalmente eligen la mesa mejor ubicada. Tocan las manos. Acude el «garzón».

—¿Qué hay aquí que se pueda comer, chico?

—Lo que los señores manden. Aquí está la lista.

—¡Vamos a ver! No está del todo mal, Martín. Pero antes que nada mucho tinto, joven. Además le advierto que si se porta bien no se arrepentirá.

—¿Qué clase de vino desean los señores?

—Reservado, reservado, chico.

Claudio y Martín comieron y bebieron lo mejor que les pudo ofrecer el establecimiento. Después del café y los cigarrillos, Claudio instruyó a Martín.

—Tú Martín te quedas aquí, mientras voy en busca de un amigo que cancele este consumo.

—Está bien, pero me autorizas para pedir otra botella,

—Pide las que quieras, pues si yo no vuelvo, ya te las arreglarás tú.

Claudio se dirigió al teatro Santiago, que estaba a pocos pasos del restaurante. Su llegada coincidió con el entreacto de la función.

Allí entre la concurrencia descubrió a su amigo don Luis Felipe Honorio Guiñazú, personaje argentino, siempre generoso y bien vestido, y aunque él se decía historiador de una orden

religiosa de su país, aquí nunca se supo con claridad cuáles eran sus verdaderas actividades.

Claudio lo aborda.

—¡Oye pues Guiñazú! El pobre Martín está hipotecado por una mísera comida aquí en la Trinchera. ¿Estás tú en condición de ayudarme a recuperarlo?

—¡Hombre, hombre! me pillas en un mal momento. Pero no por eso dejaremos al pobre chico en situación desmedrada. Vamos a rescatarlo.

Unos cuantos pasos y se enfrentan con la puerta de la Trinchera.

—¡Hola! ¿Es usted la patrona?

—A sus órdenes, señor.

—Mire señora. Estos chicos han comido aquí. ¿verdad?

—Sí, señor, y uno está muy bebido. Convendría llevárselo.

—Como no señora, inmediatamente. Hágame la cuenta y un vale que le pasaré a cancelar mañana, porque nos hemos quedado sin dinero.

—¡A mí no me vienen con cuentos de vales! ¡Yo no le fío a nadie. y mucho menos a gentes que no conozco!

Guiñazú se indigna. Da un feroz puñetazo sobre una vitrina. Se rompen los cristales y se arma el escándalo consiguiente.

—¡Esto es intolerable! ¡Negarme a mí un vale! ¡Ustedes son los culpables por venir a meterse a un boliche inmundo como este!

Siguen las protestas e injurias; corren los garzones, y termina el acto con la aparición del decorativo paco santiaguino de aquellos tiempos. En realidad eran unos pacos muy elegantes. Vestían pantalones blancos, blusa negra y un casco también blanco. Parecían bomberos.

La policía de entonces, en situaciones difíciles, procedía en forma simplista. O se arreglaban con los «jutres», previo una compensación unánime, o todos eran llevados a la comisaría,

que fué lo que ocurrió aquella noche, ya que no se contaba con medios para el soborno.

En la comisaría, el oficial de turno oyó el informe de los guardianes y las explicaciones de los detenidos.

En realidad tuvieron la suerte de encontrarse con un hombre comprensivo.

—Bien, señores. Yo en cumplimiento de la ley debiera dejarlos detenidos, pero confío en que cumplirán como corresponde a caballeros, y mañana concurrirán al juzgado correspondiente.

—¡No lo dude usted señor!

Se hizo el parte correspondiente y los inculpados quedaron citados para las diez de la mañana siguiente, al segundo juzgado del crimen.

En realidad fueron puntuales, porque a ellos les podía faltar dinero pero no caballerosidad.

El magistrado de aquel juzgado era un hombre que bien merecía el título con que los ingleses distinguen a sus ciudadanos ilustres.

El muy honorable señor Franklin de la Barra.

Don Franklin de la Barra era a la vez un honesto varón cultísimo. Y no de esa cultura de la cual hacen alarde ciertos elefantes estólidos, que terminan la vida con una intoxicación enciclopédica, llevándose consigo todo lo que inútilmente aprendieron.

Don Franklin era magistrado y maestro. En la mayoría de los casos hacía justicia; muchas veces perdonaba, pero siempre enseñaba lo mucho que sabía. Era admirable oírlo comentar la obra de las nuevas generaciones.

Los conocía a todos. Reconocía defectos y virtudes, pero estimulaba siempre.

Aquella mañana en que los tres ilustres bohemios cayeron ante el magistrado, él sintió gran complacencia de conocerlos personalmente.

Se impuso del parte, —A ver don Jorge Uribe, porque entiendo que Claudio de Alas será su seudónimo.

—Es verdad su señoría. Yo debo manifestar...

—¡Callaos vos pipiolillo de las letras! Soy yo quien va a asumir la defensa en esta causa, tronó Guñazú.

—A ver, a ver, señor. ¿Quién es usted para interrumpir el interrogatorio del juez?...

—Yo, su señoría, llevo por nombre el de Luis Felipe Honorio Guñazú y Anchorena, historiador sagrado de mi patria, ¡la Gran República Argentina! Y en razón al derecho que nos concede la ley, asumiré la defensa de mi persona y de estos dos inexpertos jovenzuelos.

—Siempre que el tribunal lo acepte.

—El tribunal deberá aceptarlo, de acuerdo a claros preceptos legales, su señoría.

—¿A qué preceptos se refiere Ud.?

—A los que establecen que los menores de edad tienen derecho a designar un defensor, su señoría.

—Pero es que aquí no puede contemplarse este caso, porque los tres acusados, según el parte de policía, son mayores de veinticinco años.

—¡No, su señoría! Estos dos jovenzuelos aspirantes a literatos, mentalmente son menores de edad.

De más estará advertir que el magistrado había tomado el asunto en un plan de benevolente hilaridad.

—Pues, en vista de razones tan definitivas el tribunal acepta lo solicitado, y el acusado señor Guñazú puede asumir la defensa.

El juez lee la acusación,

—¿Qué tiene que exponer la defensa?

—En nombre de mis defendidos y del mío propio debo manifestar a su señoría ¡que me contraquerello!

—¿En razón a qué?

—A que esta señora, abusando de nuestra proverbial ca-

ballerosidad, anoche nos agredió con premeditación y nocturnidad.

—Al parecer es muy grave el asunto. Pero como no conozco ni entiendo el término jurídico de «nocturnidad», le agradeceré tenga a bien explicarlo al tribunal.

—Con mucho gusto Usía. Es un término que usamos nosotros los jurisconsultos argentinos.

Don Franklin escondiendo su regocijo dictaminó:

—En vista de lo expuesto por el ilustre jurisconsulto argentino, en cuanto que los acusados principales en esta querrela son irresponsables, la causa deberá pasar al tribunal de menores.

—Pero ahora prescindiendo de mi calidad de juez, le voy a dar un buen consejo señora querellante. Vaya usted dándose por cancelada, porque en realidad, cuando se juntan un argentino, un colombiano y un chileno, de la calidad de estos tres ilustres jurisconsultos, no creo que haya juez que los vaya a condenar. Mucho menos que los obligue a pagar.

Don Franklin dejó en libertad a los tres bohemios, aconsejándoles que cuando las circunstancias lo permitieran cancelaran aquella cuenta. Por cierto de que el magistrado estaba seguro de que eso no habría de ocurrir.